



## Estudiar Historia

**Fernando Rocchi**

Profesor Investigador

Muchas veces me pregunto por qué decidí dedicar mi carrera y mi vida a la historia. Y al hacerlo recuerdo mi primer contacto “profundo” con el estudio del pasado a partir de un trabajo que debí realizar en la escuela secundaria sobre la Grecia del siglo V A.C. Había encontrado un libro revelador: *La civilización helénica*, de Arnold Toynbee, de quien me volví fanático.

Una de sus enseñanzas fue descubrir que no había caminos determinados e inevitables, sino que siempre existe una alternativa, otro camino posible. Basado en dos conceptos de la cultura china: el del yin (o estado de quietud) y el del yan (su contracara, es decir, el mundo de las fuerzas dinámicas), Toynbee me ofrecía una forma de interpretar por qué las sociedades construyen diferentes modos de vida. El secreto para dilucidarlo era detectar cuándo se había producido una situación crítica en cada sociedad—a la que llamaba INCITACIÓN—y ver la forma en que había reaccionado, a la que denominaba RESPUESTA. Las civilizaciones, según esta mirada, nacían cuando las sociedades pasaban del yin al yan, lo que no se producía por causa de la raza ni de la geografía sino del éxito en la elección de la respuesta. Y las características de esa civilización tenían que ver tanto con la incitación, que podríamos llamar objetiva, como con la respuesta, que podríamos considerar subjetiva.

El siglo VI A.C. ofreció el marco para la incitación en el mundo griego: las polis sufrían una intolerable superpoblación. La gran mayoría había solucionado este problema con la emigración de su gente y la creación de colonias en el mar Mediterráneo y en el mar Negro. Pero dos de ellas habían tenido dos respuestas frente al mismo desafío: Esparta y Atenas.

Esparta eligió el camino del sometimiento de los pueblos que vivían en el área del Peloponeso que rodeaba a su polis. El éxito de esta respuesta, sin embargo, se iba a transformar en su propio veneno. Esos pueblos sometidos estaban constantemente al borde de la rebelión, estrategia de la que hacían uso en cuanto podían. Para evitarlas, Esparta construyó un estado militar en el que sus ciudadanos—los *homoioi* o “iguales”, los privilegiados—debían dedicarse por entero a la vida militar para mantener aterrorizados a los que habían sido sojuzgados. No resultaba difícil, entonces, comprender por qué una sociedad en la que sus ciudadanos debían cumplir con el servicio militar hasta los sesenta años, no había producido filósofos y artistas.

El otro ejemplo de respuesta peculiar era Atenas, una polis coronada por numerosos artistas y filósofos. Atenas había respondido al mismo problema de superpoblación en el siglo VI A.C, pero de una forma totalmente diferente de la espartana. En medio de las luchas internas producidas por el exceso de población, los atenienses habían puesto a un empresario llamado Solón a gobernar la ciudad. Solón aplicó, por simple olfato, lo que sería llamada la ley de las ventajas comparativas.

En ese entonces, todas las polis producían la comida que consumían porque sentían pánico ante el fantasma del hambre. Solón encontró que Atenas producía trigo con costos altos pero vino y aceite con costos bajos. Solón decidió producir más vino y aceite, vender el excedente e importar más trigo del que se podía producir. El éxito de este enfoque llevó a una sociedad próspera en la que sus “privilegiados” se dedicaran en sus tiempos libres a producir esas maravillas intelectuales y artísticas de las que todavía nos sorprendemos. Y para rematar, el contexto político de ese feliz experimento no fue otra cosa que el nacimiento de la democracia.

Sin embargo, en las “guerras civiles” que padeció Grecia a fines del siglo V A.C., Atenas resultó derrotada frente a Esparta. Para el análisis de este desenlace, y ya en la universidad, encontré un atractivo especial en la historia de la Guerra del Peloponeso escrita por Tucídides. Los griegos pensaban que los seres humanos podían caer frente a su propio orgullo, a lo que llamaban la *hybris*, con un desenlace fatal que era el castigo celestial en el fenómeno que denominaban como *némesis*. Este final de la democracia



ateniense quedó inmortalizado bajo la imagen que Tucídides describió en la llegada de la peste.

Además, marcaba cómo la democrática Atenas se relacionaba de manera tiránica con sus aliados. La pueblerina Esparta no pudo disfrutar de su victoria sobre la cosmopolita Atenas por mucho tiempo, sencillamente porque no estaba preparada para ninguna experiencia de política internacional. El mundo griego volvió a sus guerras hasta que alguien con capacidad de ejercer el poder se enamoró de sus logros y les dio una nueva forma. Primero de manera efímera, desde Macedonia con Filipo y Alejandro Magno.

Dos historias se entremezclaban, la de Atenas y la de Esparta, de manera tal que no podían analizarse de manera predeterminada. Una democracia que se vio inmersa en la *hybris* ante su propio éxito y trataba con dureza a sus aliados. Y una autocracia que tiranizaba internamente mientras que se ofrecía como más igualitaria en la relación con sus aliados. En ambos casos se veía un destino posible, distinto del que los hechos mostraron. Juan Huizinga decía que el buen historiador debía pensar en que era posible la victoria persa en la batalla de Salamina. De la misma manera, es necesario considerar qué hubiera ocurrido si los procesos que tuvieron lugar en la historia hubieran tomado un curso distinto, como aparecía en las enseñanzas de Arnold Toynbee.